

Veinte textos

Margo Glantz

En la lectura de los siguientes textos de Margo Glantz, Premio Nacional de Ciencias y Artes 2004, el lector descubrirá que algunos guardan cierto parecido y otros son totalmente distintos entre sí. Como verdaderos hermanos, nacidos de la pluma de su autora, las distinciones se diluyen y las semejanzas los acercan con tanta coherencia y armonía que forman un sólo corpus en las páginas de este número.

I

COMO EL REY DEBE SER
MAÑOSO EN CAZA:

Y para éste una de las cosas que fallaron los antiguos que más tiene es la caza, de qué manera quiere que sea; ella ayuda mucho a menguar los pensamientos de la *saña*, lo que es más menester a rey que a otro home. Porque la caza es arte e sabidoria de guerrear e de vencer, de lo que los reyes deben ser mucho sabidores.

Alfonso x, *Las partidas* (1256-1348).

II

INSANIA

Dice Sebastián de Covarrubias, en el *Tesoro de la Lengua Castellana* de 1611, nuestro primer diccionario: *Saña* vale furor y enojo, del nombre latino *insania*, perdida la *in* como la perdió la palabra sandio; o del nombre *sanna, ae*, que vale ronquido o bufido, porque el que se ensaña da muestra con estos accidentes señalados en las

narices, las cuales se le hinchan y echan de sí el aire con violencia de saña.

Dícese, sañado y ensañarse.

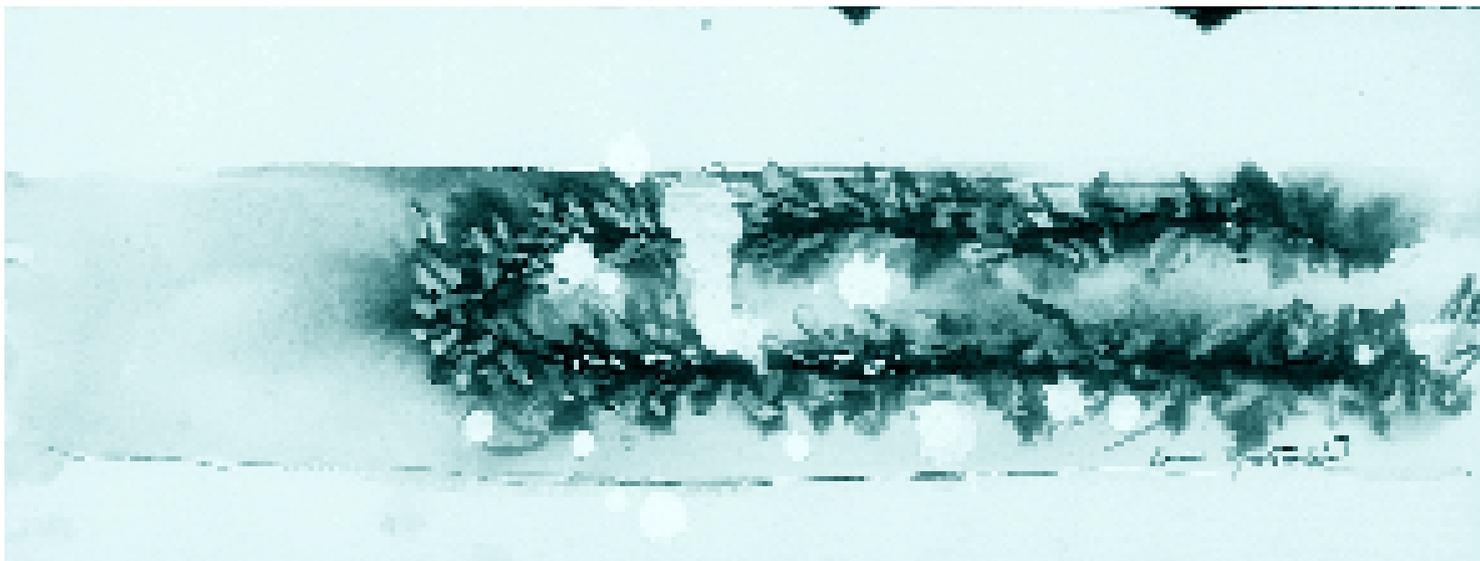
III

LOCURA

Ahora recuerdo al poeta y novelista suizo Robert Walser, por ejemplo. En especial uno de sus textos intitulado “Kleist en Thonon”; allí se revela la angustia del escritor que ha decidido encerrarse en un lugar aislado, sólo para escribir, y la imposibilidad que tiene para hacerlo: el peso del paisaje lo abruma, por su grandiosidad y su belleza imposibles de describir. Walser mismo acaba formando parte del cuento, su propia angustia es la que resiente Kleist, sabe además explicar los sentimientos y la incompreensión de su hermana, perfectamente adaptada a una sociedad como la alemana que el poeta es incapaz de soportar.

¿Por qué no escribe usted, le preguntaron un día a Walser?

Vine a este sanatorio para estar loco, no para escribir, contestó.



IV

DORMIRSE EN SUS LAURELES

Un escritor joven, amigo mío, me cuenta que un día él y su novia fueron a ver a un gran poeta. En cuanto los vio, pontificó acerca de las mejores cincuenta obras de la literatura universal, las mejores cincuenta páginas de cada autor, las irremplazables. Los despidió luego con un seco “no vuelvan a verme hasta que no hayan leído *El asno de oro*”.

El poeta se acerca a los jóvenes como un indio del Amazonas y los deja ir cuando ya se les han achicado las cabezas. Su voz engolada asume las tonalidades de un día de entrega de premios de juegos florales de Pachuca. Luego se contempla ante el espejo: refleja la imagen de Apuleyo, marmórea, perfecta, embalsamada: coronada de laurel.

Los poetas deberían releer *Los hermanos Karamazov* de Dostoiewski y pensar en la primera escena en que Aliosha se tapa la nariz para contrarrestar el olor que emana el cuerpo del stárets Zósima quien, a pesar de que en vida había sido perfecto, de muerto hedía.

V

DE GOLPE

Entonces pienso en Úrsula, se ve guapísima con su vestido verde perico, brillante, bien cortado, ¿Armani?, no, debe de ser Versace o quizá Christian Lacroix, por lo escandaloso del color.

Al verla así vestida, descubrí una verdad como una casa: los zapatos de tacón alto, delgadísimo, tipo aguja o espada o puñal, con tiritas y escotes y pulseras y entrelazados, rejuvenecen; pero una mujer con vestido verde, verde perico, sonrisa amplia, ¿plástica?, sonrosadas las mejillas, bien peinada, buen cutis, que usa bastón y zapatos cuadrados, choclos negros, tacones anchos y muy bajos (apenas se alzan sobre la tierra), de golpe asume su verdad nonagenaria.



VI

TERROR

En su libro intitulado *La frontera*, Pascal Quignard cuenta una historia. La de los azulejos que decoraban un palacio de Lisboa. En uno de ellos aparece una mujer: se levanta el amplísimo y bordado vestido: se acuclilla, está cagando.

¿Imagen poética?

No lo parecería.

Y sin embargo...

Mientras la mujer descarga su vientre un hombre la contempla. Ella no sabe que, expuestas, entregadas a su impúdica tarea, sus sonrosadas nalgas serán el origen de una tragedia pasional.

VII

LAS COSAS SIMPLES

¿Cómo le hacemos? ¿Introduzco a los personajes de la corte inglesa?

Cuando la aún joven Reina Isabel con su gesto duro y la vieja Reina Madre vestida de azul cielo, tocada con un sombrero de paja que le vela el rostro, le conceden al pintor Stanley Spencer el título de caballero, él se presenta, como debe de ser, al Palacio de Buckingham, ataviado con un *smoking* y llevando en la mano una maletita donde guarda las cosas que necesita para asear el ano contra-natura que se le ha confeccionado para sustituir al verdadero, después de una operación de cáncer de colon.

Es muy pequeño, enclenque, sus anteojos le caen sobre la cara, les agradece a las soberanas la alta distinción, él, simple pintor de una zona rural que en sus pinturas representa a Cristo como un campesino.

Siempre había deseado el galardón, explica, pero de manera sencilla, parecida a la de un hombre que espera que su vecina le regale un tarro de mermelada de naranja hecha en casa.



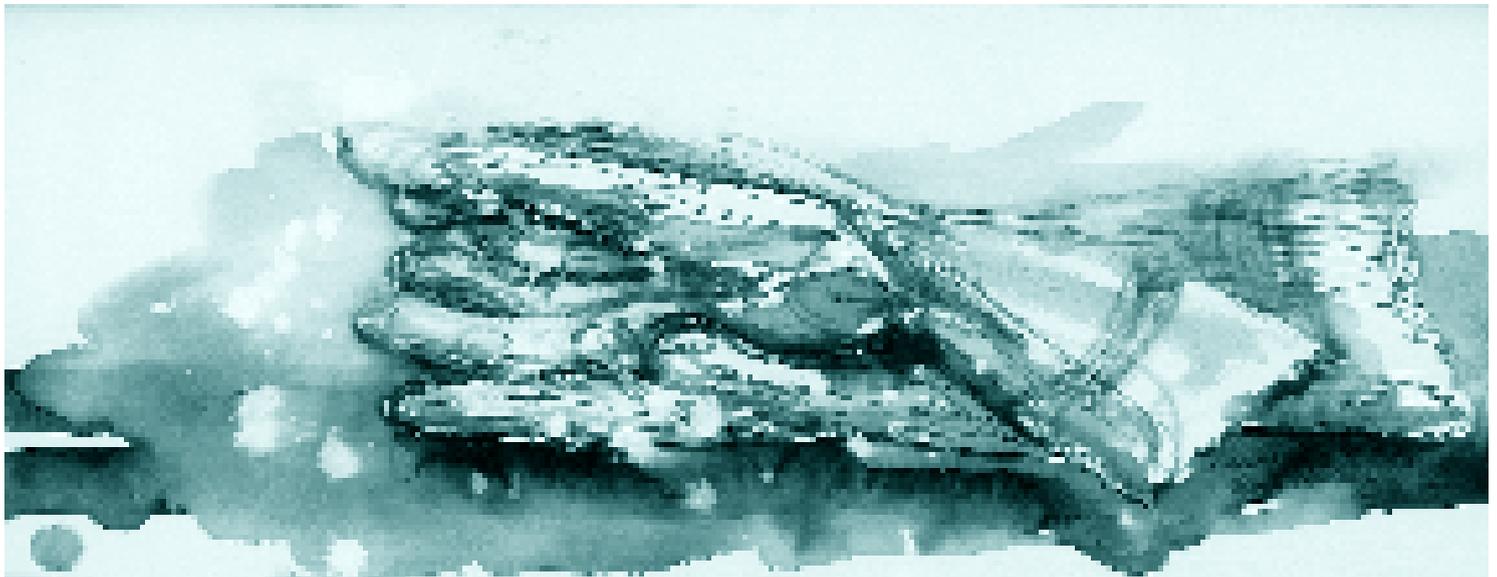
NÚMERO DE SERIE

El célebre pianista Glenn Gould tenía predilección por un piano en particular, el instrumento en el que aprendió a tocar, un Chickering de 1894: nostálgico, toda su vida había tratado de encontrar un piano parecido, como quienes, cuando niños, han amado un perro para el cual jamás han encontrado un sustituto.

De repente, tropieza con un Steinway, número de serie 174.

Una vez que se ha acostumbrado a él, el piano se pone a toser, como tose Gould; su quejido se acopla exactamente al suyo, un tarareo que interrumpe la limpieza de las obras de Bach grabadas e interpretadas como si fueran el término absoluto de la perfección.

En una fotografía antigua aparece Glenn de pie y con las manos colocadas sobre su primer piano: a su lado y con las patas delanteras sobre el teclado, su perro Nicky.



CUESTIÓN DE PIES

En el *Times* de julio de 1989 se lee que la tan violentada y guillotizada María Antonieta se ha convertido en la niña de los ojos de los franceses, quienes la han absuelto de sus culpas dos siglos después, es más, aún la lloran, lamentan su trágica muerte. El objeto más visitado en el Museo de Caen donde se organizó una exposición para celebrar el bicentenario de la Revolución Francesa es el zapato que la infortunada reina dejó caer al montar al patíbulo. Tres arquitectos fueron comisionados para crear seis nichos abstractos que albergan —por turnos— el precioso calzado de raso de seda. Guardianes vestidos a la moda de las postrimerías del siglo XVII lo trasladan de uno a otro espacio, protegidas sus manos con guantes de tafete: los espectadores, para contemplarlo, deben arrodillarse sobre un cojín de brocado dorado cubierto con un lienzo blanco.

X

MANITAS

Joseph Hoffmann, uno de los pianistas que más admiraba Gould, tenía unas manos muy pequeñas (también Scriabin), tanto, que la compañía Steinway mandó fabricar un instrumento hecho expresamente a su medida.

A los once años, sus padres lo obligaban a tocar en salas de conciertos (Leopold Mozart transcurría con su niño prodigio por las cortes más brillantes de Europa),

el mecenas de Hoffmann, Alfred Corning Clark (¿el creador de las vajillas irrompibles Corningware?), le ofreció cincuenta mil dólares para que pudiera dedicarse a estudiar y perfeccionar su extraordinario talento. Tan grande era que otro pianista célebre, Sergei Rachmaninov, escribió en su honor el concierto para piano Número 3. Hoffmann nunca pudo tocarlo, la obra había sido concebida para las manos de un pianista ordinario.

Cuando tocaba el piano, las muñecas de Jorge Bolet eran de acero.



XI

PARA FREUD ERA MASOQUISMO

Sacher Masoch vive entregado a la Venus de las Pielas y su esclavitud, literal y gráfica, se esculpe en la imagen del arrodillado que vive a las plantas de su amada que lo ofende con el pie.



XII

MUÑONES

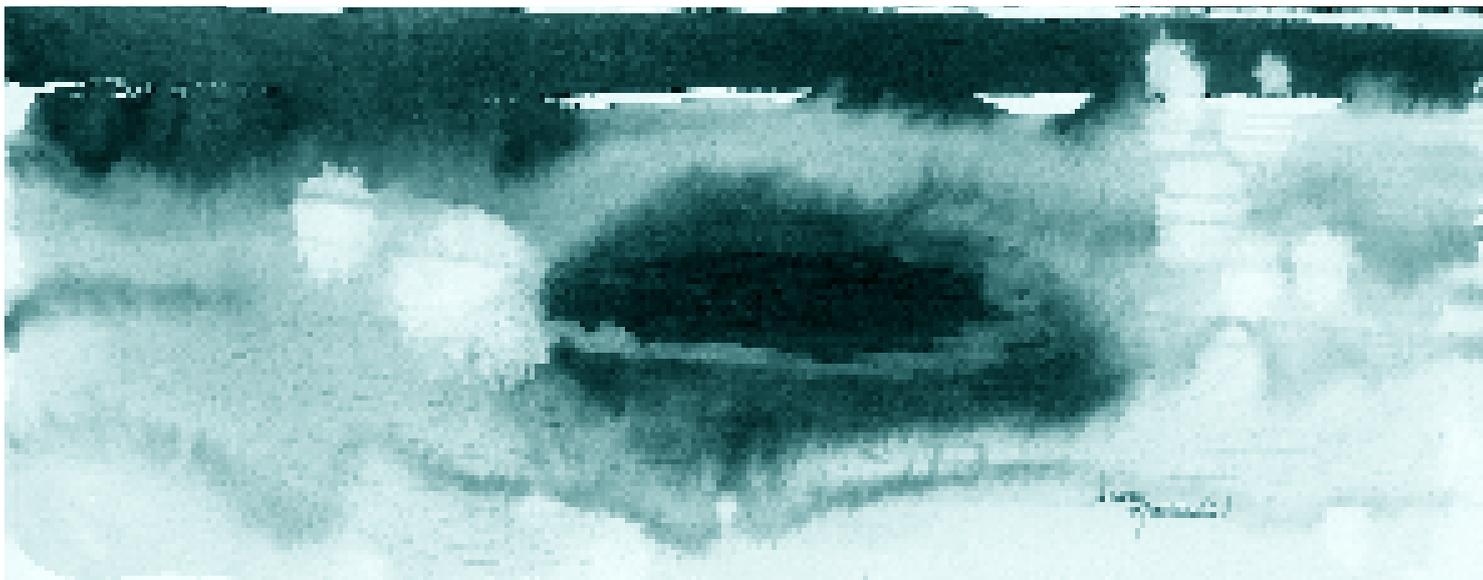
Mustafá Mandalay de Sierra Leona vive con su esposa y sus siete hijos en un campo para inválidos cerca de Freetown. Los rebeldes entraron a su pueblo y a machetazos mutilaron a varios hombres, cinco murieron desangrados. “El presidente Kabbah os dará manos nuevas”, dijeron los sublevados, antes de retirarse.

A cambio de su mano Mustafá recibió una prótesis en forma de cuchara.

El gran escultor griego Fidias, cuenta Quignard que cuentan las crónicas antiguas, fue prestado por los atenienses a los eleos para esculpir un Júpiter olímpico. Los eleos lo acusaron de haber robado oro del templo para recubrir la estatua: un sacrilegio: le cortaron las manos y las devolvieron a Atenas en una bella caja, incrustada de oro y piedras preciosas.

Fidias, aún sin manos, fue el más grande escultor griego.

“Quisiera desprenderme de mis manos, dice Mishima, antes de suicidarse, abolir por completo el tacto”.



XIII

CLOACA MÁXIMA

¿No es curioso? Coinciden en el tiempo la preocupación por la limpieza del lenguaje y la reglamentación de las fosas sépticas.

¿La política de la lengua con la política de la mierda?

En el *Elogio de la sombra*, Tanizaki dice, entre otras cosas, que extraña esos lugares antiguos y sombríos donde se cagaba, antes de que los norteamericanos —los puritanos por antonomasia— se apoderasen de ese sitio y lo convirtiesen en un lugar saludable, deslumbrante, casi siempre blanco.

Hay que descargar el lenguaje como se descarga el vientre, apunta Ronsard.

XIV

JUEGOS DE AZAR

El pianista Leon Fleisher, discípulo de Arthur Schnabel, perdió el uso de su mano derecha desde 1965. A pesar de ello, es considerado como uno de los más grandes pianistas del siglo xx.

El hermano de Ludwig Wittgenstein perdió la mano izquierda en la Primera Guerra Mundial, Ravel escribió para él su bello concierto para una sola mano.

Gould era zurdo y detestaba a los compositores que le daban más importancia a la mano derecha en sus composiciones para el piano.

Como Gould, Benno Moiseiwitsch practicaba muy poco el piano, en cambio aceptaba gustoso las invitaciones para dar giras de conciertos en los Estados Unidos, viajar en lujosos trasatlánticos y jugar al póker, su ocupación predilecta —y perpetua— en el Savage Club de Londres.





XV

UN FRÁGIL EQUILIBRIO

El 15 de septiembre pasado, dos acróbatas, Jade Kindar-Martin, estadounidense de catorce años, y Didier Pasquette, francés de veintinueve años, ganaron una gran batalla: atravesaron el río Támesis —el famoso *Thames* de Londres—, lo atravesaron por uno de sus tramos más anchos, trescientos metros, sobre un cable de acero a cuarenta y seis metros de altura y se cruzaron a la mitad del trayecto, pasando uno sobre el otro. La hazaña, particularmente peligrosa, se inició a las siete de la noche, hora en que el río está casi seco —sus compuertas están cerradas.

Cualquier movimiento en falso puede ser fatal.

Este tipo de hazañas ya se ha intentado varias veces. Sin embargo, nunca antes dos equilibristas habían estado en la cuerda floja exactamente al mismo tiempo.

XVI

CENIZAS

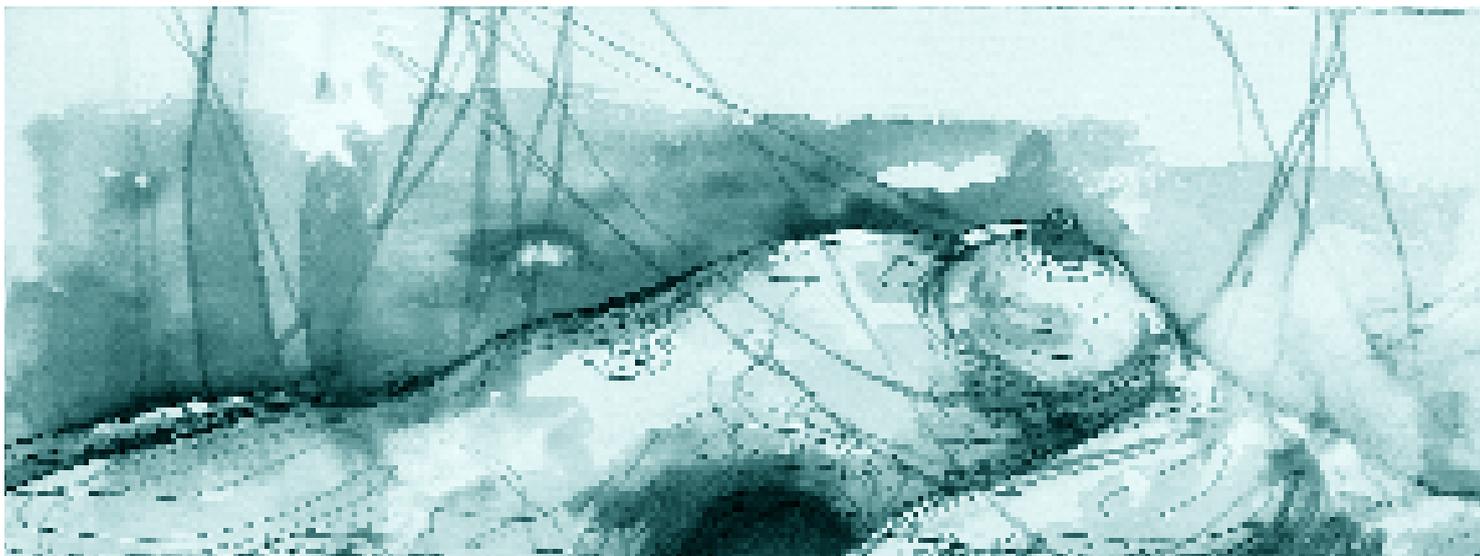
En la radio y en los periódicos una noticia: en un crematorio del estado de Georgia, Estados Unidos, se han encontrado cadáveres abandonados desde hace más de veinte años, algunos están aún en pleno período de descomposición: sus deudos habían recibido las urnas con las cenizas reglamentarias rellenas solamente con cal y tierra vulgar.

XVII

PAS DE DEUX

En un salón inmenso apareció vestido curiosamente. Llevaba shorts y una camiseta sucia. Las piernas musculosas y velludas. El pelo largo y una trencita muy coqueta rodeándole la cabeza. La cara arrugada, parecida en las líneas a los vellos. Le dije que me gustaba su peinado. No respondió, recorrió con la vista el salón como si fuera un agrimensor. Alzó los brazos, una mancha de sudor marcaba su ropa.

Luego, con sorna, dibujó un *pas de deux*, un *démi plié* y terminó trastabillando como una cantante de ópera que falla en la penúltima nota.



XVIII

LA MARCA

Después de hacer el amor, la primera vez que va a un prostíbulo, conducido por su mejor amigo, Schubert besa a la mujer. Es imponente, como una diosa. Luego le acaricia los pechos grandes y firmes, blanquecinos, destaca la rugosa areola, el pezón todavía erecto.

La mujer levanta un brazo y en la base del seno está la llaga.

La sífilis le produce una locura intermitente y un gran fervor. Uno de sus amigos (su admirador, un mecenas) le regala un piano; allí compone sus últimas obras, entre ellas, los *impromptus* y momentos musicales que tanta influencia tendrían sobre Chopin, Schumann y Liszt que cuando Schubert murió eran aún adolescentes.

XIX

INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS

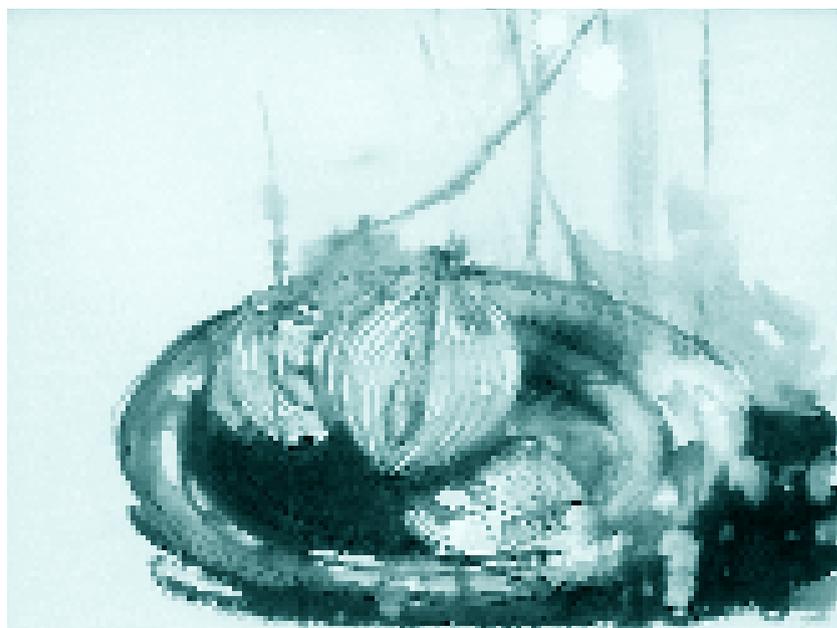
Hoy me contó uno de sus sueños. Enferma de cáncer, tenía que someterse a sesiones de quimioterapia en una especie de museo; le habían asignado la tarea de observar atentamente una pintura y redactar un ensa-

yo sobre ella; la situación la angustiaba enormemente: además del tratamiento, en sí mismo infernal, se veía forzada a escribir sobre cosas abominables. Para deshacerse de la obligación, recorría oficinas buscando a quién —por lo menos— le permitiese elegir por su cuenta un cuadro: todas las oficinas, sin excepción, estaban vacías. Una llevaba el nombre de su psicoanalista.

XX

UN FRAGMENTO AMOROSO

Para Barthes el texto era “...un cubo con facetas, un amasijo de decoraciones, una trenza, un encaje de Valenciennes, una pantalla televisiva, una pasta hojaldrada, una cebolla, etcétera...”.



La *Revista de la Universidad de México* adelanta estos veinte textos como parte del libro *Saña*, preparado actualmente por su autora. Los dibujos que los ilustran fueron realizados *ex profeso* para el presente número por Laura Monterrubio.